

enteramente conforme al genio de Moisés y al carácter de su siglo. «Este legislador, dice, consagraba á ella una grande alegoría en acción. Mientras que la simple ley fundamental no comprendía mas que la renovacion de la ley de los antiguos, con adición de algunas advertencias, la ley ritual ocupaba constantemente al pueblo afectando vivamente todos sus sentidos. Que Moisés haya ilustrado por comentarios la significacion de estas prácticas; que esta significacion haya sido transmitida por los antiguos, esto es verosímil, y hay restos de ello. Sin embargo, había lugar de pensar que en las cosas esenciales, esta significacion no escapaba á los hombres de alguna penetracion.» Aun separa por otro lado piedras de escándalo sembradas en el camino por los teólogos. En sus *Observaciones sobre los libros de Moisés*, hace por ejemplo la observacion que «las repeticiones están en el espíritu de los tiempos antiguos. Desde el momento, dice tambien, pág. 476, en que se reflexiona sobre la grandeza del asunto, no enfadan las repeticiones; todas os indican el objeto.» Los teólogos han declarado que sería un anacronismo visible el querer conservar todavía como histórica la lista de los pueblos que leemos en el cap. 10 del Génesis. El declara, por el contrario, que «estos pasajes son geográficamente verdaderos, y que la historia universal debe empezar en este capítulo,» pág. 448. Estas *observaciones* manifiestan además que no puede explicar su conviccion de la autenticidad del Pentateuco, desechando una conviccion nacida accidentalmente en él, y conservada por la ignorancia, pero que es mas bien el resultado de un estudio profundo y constante. Si la composicion del Pentateuco, en el punto de vista histórico, es realmente tan piadosa como pretenden los teólogos, es necesario borrar á J. de Muller de la lista de nuestros grandes historiadores.

Luden tambien se muestra poco dispuesto á aceptar ciegamente las conclusiones de la exégesis racionalista. Conviene abiertamente en que le hace el Pentateuco un efecto enteramente diferente que á los teólogos, y si no se atreve á ponerse expresamente y en todos los puntos en oposicion con ellos, evita cuidadosamente el hacer concesiones precisas, representando que la crítica podía tomar otro giro que les sería sensible. En la *Hist. de la antigüedad*, 2ª edic., Jena, 1819, pág. 60, hace la siguiente observacion:

«Cuando se reflexiona en qué época y cómo nacieron estos escritos, si no se olvida nunca qué relaciones creían existir los israelitas

entre ellos y Jehovah, si se piensa que no hablaban de sus destinos sino conforme á estas relaciones, pueden á la verdad suscitarse algunas dudas sobre las particularidades de los acontecimientos; pero la marcha de los destinos de este pueblo, tomada en su conjunto, está ciertamente bajo su vista.» Y á la pág. sig.: «La prodigiosa multiplicacion de los hebreos en Egipto, durante los cuatrocientos años que pasaron allí, es conforme al curso de la naturaleza; es fácil comprender la dura opresion que al fin les fué preciso sufrir, así como el deseo ardiente de volver á ver su patria que nunca habían olvidado.» Aun mas adelante: «La permanencia en el desierto durante cuarenta años, era una medida sapientísima; ella nos presenta á Moisés en toda su grandeza,» *ibid.*, p. 62. Despues: «La ley que Jehovah dió á los israelitas por medio de Moisés, en circunstancias capaces de estremecer y conmover, esta ley dada sucesiva é insensiblemente es en extremo notable. Merece ser profundamente estudiada, no solo porque es *la mas antigua*, y que se distingue por el íntimo enlace que reina en su conjunto, sino tambien y sobre todo, porque prescripciones extranjeras (egipcias) se han apropiado con una gran sabiduría á las costumbres y carácter nacional de los israelitas,» *ibid.*, p. 63. Y por último: «Cuarenta años pasados en el desierto, en medio de signos y de prodigios no habían bastado para formar aquel pueblo degradado y obstinado, y para consagrarlo al Señor. Los cánticos sublimes de Moisés no lograron conservar su entusiasmo por Jehovah, los anales de su gobierno milagroso, es decir, *el mas antiguo monumento* de una historia escrita, no mantuvieron al pueblo en la fidelidad para con su Dios.»

Wachler, en su *Manual de la historia de la literatura*, 2ª edic., t. 1, pág. 78, se expresa de este modo: «Moisés, el autor de la constitucion nacional de los hebreos, ha servido de modelo á las generaciones siguientes, como soberano, como legislador, como poeta y como historiador. Los cinco libros designados bajo su nombre son de la mayor antigüedad, á juzgar por la mayor parte de los materiales de que están compuestos, y pertenecen al tiempo de su admirable gobierno... Hay en ellos consideraciones sobre las cosas divinas y humanas, reflexiones políticas, reseñas claras sobre el porvenir, y expansiones de un profundo sentimiento.» La poesía mas antigua de los hebreos era épica; celebraba la creacion y la historia primitiva del género humano en sus inmediatas rela-

ciones con la historia nacional. Recibió su forma de Moisés, el que dió igualmente los primeros modelos de la poesía lírica. *Ibid.*, pág. 79.

Schlosser admite tambien el origen mosaico del Pentateuco; cree que no se le puede negar este origen, al menos en las partes mas importantes. *Hist. univ. de la antig.*, traducción francesa por M. de Golbery.

Leo en su *Curso verbal sobre la historia judía*: «Al principio se había sometido completamente á la autoridad de los teólogos, y estos le citaban con triunfo como uno de ellos, con tanta mas razon cuanto que era en efecto el primer historiador de algun valor que habían logrado coger en sus redes. Pero despues empezó á ver con sus propios ojos, y conoció que mientras seguía con cuidado las huellas de la pretendida cábala de los sacerdotes de Israel, se halló él mismo enlazado en Alemania en una cábala positivamente real de ministros; y desde entonces declaró abiertamente no querer ser sometido, y volvió á entrar en el dominio histórico.» En la obra intitulada *Instrucción sobre la Historia universal*, Halle, 1835, t. 1, pág. 570, se expresa de este modo sobre el Pentateuco: «Despues de haber examinado lo que se ha escrito recientemente sobre este asunto, hemos reconocido y adoptado invariablemente la firme conviccion histórica de que las partes esenciales del libro de la ley, y una gran porcion de las que sirven de base al Pentateuco, lo mismo que las narraciones históricas que segun su importancia y su objeto no deben estar completamente separadas de las leyes, provienen del mismo Moisés. Si la composicion en un solo cuerpo de la obra no es de Moisés, ciertamente que tuvo lugar poco tiempo despues de él, quizá aun en gran parte viviendo él y á su vista. Si no se ha obtenido otro resultado científico por las investigaciones históricas que se han hecho, por otro lado preciosísimas, esto proviene únicamente de que no se ha establecido una distincion suficiente entre el Oriente y Occidente, entre la infancia de aquellas antiguas edades, sus fenómenos y condiciones, y la época moderna en la que un espíritu sofisticado, un espíritu de sutileza y de reflexiones alambicada, nos ha hecho abandonar el modo natural de obrar y de juzgar.»

De Rotteck se ha asociado tan completamente al espíritu en que los teólogos á la moda han llevado sus preocupaciones contra el Pentateuco, que no deberíamos admirarnos si le vemos participar de estas preocupaciones en toda su extension, y sin embargo, no

es así; hay, por ejemplo, una gran diferencia entre él y de Wette. En una rápida ojeada sobre el origen de la era primitiva del mundo, *Hist. univ.*, t. 1, 2ª edic., Friburgo, 1835, pág. 57, hace esta observacion: «No se puede desconocer que la narracion del primer libro de Moisés se distingue de todas estas narraciones inadmisibles sobre la formacion de la tierra y sobre el nacimiento del hombre (Sanchoniathon, Zoroastro, y en general todos los historiadores orientales, chinos, tibetanos, y aun griegos), tanto por una exposicion conforme á la razon y á las leyes eternas de la naturaleza, como por una tradicion fiel. Este documento mosaico, que podemos además por buenas razones declarar el mas antiguo que existe sobre la raza humana, debe pues siempre hallar aprobacion y aprecio ante el tribunal de una crítica puramente histórica que aparta sus ojos de todo punto de vista religioso. El mismo juicio se aplica á la historia del hombre. Aquí tambien las narraciones de Moisés son evidentemente preferibles á todas las de los escritores profanos; que no se les puede negar un alto grado de creencia, al menos comparativamente.» En la reseña sobre las fuentes de la historia de los hebreos, dice: «No poseemos sobre la historia de ningun pueblo de aquellos tiempos relaciones tan antiguas, tan circunstanciadas y seguras. Los escritores bíblicos de que hemos hecho mencion mas arriba, eran la mayor parte, hecha abstraccion de la inspiracion, testigos oculares de los acontecimientos que refieren; habían tomado parte en ellos, ó al menos estaban por sus relaciones al alcance de reunir y comparar las tradiciones y los monumentos relativos á los hechos nacionales anteriores á su época. Estos libros se remontan á la cuna, al primer origen del pueblo hebreo, y no se puede desconocer que son dignos de fe en lo que respecta al encadenamiento esencial de los hechos, porque no sucede lo mismo con las circunstancias accesorias, y de lo que no es mas que una exposicion metafórica.»

Los adversarios del Pentateuco no han conservado un solo partidario entre todos los historiadores modernos que poseen algun mérito, ó que pasan por tenerlo. Están reducidos á contentarse con individuos tales como Manert, que habla enteramente como ellos en su *Manual de la historia antigua*, Berlin, 1818, obra ya herida de muerte, ó mas bien muerta antes de nacer. Un solo rasgo bastará para caracterizar á este escritor. La superioridad del hombre sobre los animales no con-

siste, según él, mas que en los dedos, en la costumbre de andar de pié, y en la palabra. Observa tambien que otros animales poseen la base de la razon, y cree que asesta un golpe terrible á la historia del diluvio con la objecion siguiente: «Se rebela el pensamiento á la idea de que la justicia de Dios haya podido destruir animales inocentes, porque hombres culpables hubiesen traspasado sus mandamientos (1).» La voz de la conciencia histórica no puede hacerse oír en el dominio de la Sagrada Escritura, cuando falta así toda la inteligencia de las cosas elevadas, cuando un odio profundo contra todo lo que es divino ha hecho una irrupcion en el alma, porque entonces el historiador se transforma involuntariamente en un mal teólogo, sobre todo si desde la cuna ha estado penetrado de la mas detestable teología; aun no reconoceríamos la competencia de un historiador que hiciera profesion de filósofo. Si se consigue poner á la historia al servicio de un sistema como el de Hegel, los historiadores y los pseudo-teólogos podrán llegar á una alianza; el historiador filósofo, en efecto, como el pseudo-teólogo, se guarda muy bien de estudiar los hechos que tiene delante de los ojos con una atencion escrupulosa, y sin preocuparse de los resultados que emanarán; su único pensamiento es hacer conciliar los hechos con sus presuposiciones interiores; así que los hipótesis *a priori* á las que ha consagrado su amor la filosofía mas moderna, son incompatibles con la composicion mosaica del Pentateuco. Pero podemos consolarnos en cuanto á esto; obras como *la Historia de los Papas* de Ranke, nos dan la feliz garantía que la historia tiene delante de sí mejor porvenir.

Observemos tambien que el cronologista mas distinguido de nuestra época divide la opinion de nuestros grandes historiadores acerca de la cuestion que nos ocupa: Ideler, en su *Manual de la Cronología*, no se limita á suponer constantemente el origen mosaico de la ley; lo sostiene de un modo terminante. En un pasaje, por ejemplo, *Berlin*, 1825, t. 1, página 479, se expresa de este modo: «Durante los muchos años de su marcha al través de la Arabia Petrea ó Desierta, su guía les dió una constitucion que no debia ponerse en práctica hasta su entrada en la tierra prometida de Canaan, morada originaria de sus nómadas abuelos. Esta constitucion tenia por objeto formar un pueblo agricultor; este fin

(1) Páginas 6 y 42. Mannert se abstenia sin duda cuidadosamente de comer ninguna clase de animales, porque hubiera sido una especie de fratricidio, un banquete digno de Thyeste.

se manifiesta claramente por la medida del tiempo que arregla los dias de fiesta y los de descanso, etc. El cronologista, como hombre de razon, empieza por hacer pasar la autenticidad al crisol de su ciencia; y como colocándose en la hipótesis de la autenticidad, halla cada cosa donde debe estar, no pone ninguna atencion en los gritos de los pseudo-teólogos.

Despues de haber manifestado que la tendencia general del siglo al escepticismo no basta para explicar la negacion de la autenticidad del Pentateuco, vamos á ensayar de indicar la causa esencial de este hecho.

Está en la propension de nuestra época al naturalismo, propension que tiene su origen en el aislamiento que en el dia se está de Dios. Cuando un hombre no ha experimentado nada interiormente que le haya hecho conocer la presencia de un Dios vivo, trata tambien de borrar sus señales en la historia. Todo lo que pasa en él mismo le es puramente natural, y le parece que en el exterior todo debe pasar de un modo igualmente natural.

Para establecer esta opinion, se han apoyado en las pomposas palabras, *de desarrollo progresivo, perfeccion humanitaria*, etc.; pero seguramente que no es así. El naturalismo no podria considerarse como un progreso, mientras no hubiera llegado, en los tiempos modernos, á explicar por las leyes de la naturaleza, lo que, por falta de conocerlas, las edades pasadas hubieran creído sobrenatural; pero nada semejante ha producido un conocimiento mayor de la naturaleza; lo que pasaba antes por sobrenatural, todavia pasa en el presente. Hay pues insigne impudencia por parte del naturalismo en atribuirse de este modo progresos, mientras que se sumerge en un abismo de absurdos. Sus partidarios deben sostener desde luego, que los recientes defensores del sistema mítico están mas instruidos y adelantados que los campeones de la verdad bíblica; mas de esto es seguramente de lo que no hay ninguna apariencia. La historia de los ataques dirigidos contra el Pentateuco, y contra los libros santos en general, tiene *su parte vergonzosa*, que se quiere cuidadosamente disimular. Si el nombre de hombre instruido debe ser la pertenencia de los que niegan la autenticidad del Pentateuco, era necesario conceder este título á hombres que parecían no poder pretenderlo en nada, desde los *libertinos* del siglo XVI que ridiculizaban al Pentateuco, hasta el autor del *Catecismo del hombre de bien* (1),

(1) Pág. 40, dice irónicamente: «Los acontecimientos referidos en el Pentateuco admiran á los que tienen la

hasta el popular Edelmann para el que el Pentateuco no es mas «que un conjunto de fragmentos reunidos no se sabe por quién, probablemente por el astuto sacerdote judío Esra.» *Moisés descifrado*, p. 9, etc. ¡Singulares autores del progreso! ¡Extraños meteoros, precursores del sol de las luces!

Acabamos de hablar del sistema mítico, esta es la ocasion de probar contra los partidarios de dicho sistema, que no hay mitos en el Pentateuco.

Se entiende por mito (véase esta palabra), una narracion imaginaria ó alegórica, destinada á transmitir un hecho cualquiera, narracion que despues ha sido tomada por el mismo hecho. Así la historia de la tentacion y de la caída de nuestros primeros padres, si se tomase en el sentido mítico, no sería mas que un símbolo, una ficcion alegórica, inventada ó compuesta por Moisés, ó por un escritor mas antiguo, para explicar el mal moral y físico, y que despues se hubiera tomado por el mismo hecho.

¿Hay mitos en el Pentateuco? Esta cuestion, que debiera haber parecido extraña aun á los protestantes, hace mas de medio siglo, ha sido resuelta afirmativamente por algunos sabios críticos de Alemania, hace algunos años; y no nos debemos admirar por qué, despues de haber desechado la inspiracion de los libros santos y haberlos considerado bajo el punto de vista puramente humano, era natural asemejarlos á las narraciones de los demás pueblos. Así que en la historia de las demás naciones habia dicho Varron, mucho tiempo antes que los racionalistas modernos: hay tiempos fabulosos. Las edades del mundo pueden dividirse en tiempos oscuros, tiempos míticos y tiempos históricos. En todos los pueblos la historia es al principio oscura é incierta, despues mítica ó alegórica, y definitivamente histórica, ¿y por qué, se ha preguntado, existiendo este hecho en todas partes no habria existido entre los hebreos? Tal es la principal razon en que se fundan los partidarios de la interpretacion mítica, y hé aquí la refutacion de esta asercion absurda é impía.

1º Para refutar á los partidarios del mitismo bíblico, basta demostrar la diferencia infinita que existe entre las mitologías de los antiguos pueblos y los libros de Moisés. Las

desgracia de no juzgar mas que por su razon, y en los que esta ciega razon no está iluminada por una gracia particular. Con mucha mas razon chocarian estos acontecimientos á este espíritu bien conformado, para el que, según de Wette, la inautenticidad del Pentateuco es á primera vista cosa cierta, atendido á que este libro refiere milagros y profecías.

mitologías nos presentan tiempos oscuros é inciertos en el principio de las cosas; según ellas, el mundo se remonta hasta millones de siglos, en los que al principio reinaron dioses, despues los semidioses, los astros, y por último los hombres. Los anales hebreos, al contrario, colocan el origen del mundo en una época próxima al tiempo en que fueron redactados, fijan su cronología de un modo claro y preciso, y así prestan un medio seguro para descubrir la impostura y las ficciones del historiador.

Las narraciones fabulosas de los antiguos pueblos principian por el politeísmo, y nos refieren no solo las alianzas entre los dioses y los mortales, sino tambien la disolucion y los adulterios celestes; describen las guerras entre los dioses; divinizan á los astros, y admiten tal multitud de absurdos y extravagancias tan ridículas, que no se pueden leer sin avergonzarse de ser hombre. Así que, lejos de hallar nada semejante en el Pentateuco, vemos en él á Moisés darnos la idea mas sublime y mas pura de Dios.

Casi en todos los pueblos la mitología se ha ejercido en la oscuridad de los tiempos, cuando la imaginacion no tenia los hechos, y murió cuando ha empezado la historia. La historia de los hebreos, al contrario, está menos llena de cosas prodigiosas en los tiempos antiguos que en los tiempos comparativamente modernos. Nada hay mas importante que señalar en la Biblia los pocos prodigios antiquísimos y la abundancia de prodigios mas modernos, cuando sucede lo contrario en los demás pueblos; prueba evidente de que el escritor sagrado ha puesto un cuidado escrupuloso en desechar todo lo que le ha parecido dudoso, extravagante, exagerado é indigno de ser referido; porque si hubiera querido dar ficciones y mitos, los hubiese colocado sobre todo en un tiempo remoto, y que no estuviese expuesto á ser contradicho, mejor que en tiempos mas modernos, en que la historia positiva hubiera tenido mil medios de combatirlos y destruirlos.

Las narraciones y leyendas de los demás pueblos son fragmentos sueltos, que no tienen ninguna conexion entre sí ni con los de la historia verdadera. Están escritos en un estilo oscuro y simbólico, que los hace ininteligibles; en vez de que las narraciones del Génesis están juntamente unidas con la historia del pueblo hebreo de un modo tan indisoluble, que no se las puede separar sin desnaturalizarlas y destruirlas enteramente; y despues, ¿con qué sencillez y naturalidad son referidos los hechos? Se cuentan con

tanta exactitud que parece que se los ve, por decirlo así, pasar á nuestra vista. Compárese el Zend-Avesta, los Vedam con el Génesis, y se verá que hay tanta diferencia entre nuestros historiadores sagrados y los monumentos profanos, como entre la fábula y la verdad; y si existe entre ellos alguna semejanza, es la de la verdad con la mentira que la altera y falsifica. Los sabios de la sociedad asiática de Calcutta han demostrado que todas las mitologías no son mas que una copia grosera y alterada de las historias del Génesis. La Biblia y las narraciones míticas de los demás pueblos difieren pues esencialmente.

2º Por último, hé aquí una prueba decisiva: los adversarios reconocen la autenticidad del antiguo Testamento, y la verdad de los hechos que en él se refieren; desechan únicamente todo lo que es divino ó sobrenatural. Los hechos son ciertos, dicen, pero algunos están cubiertos en un velo simbólico. Así que, ¿no es esto negar la verdad por el placer de ser ridículo? ¿Qué, no negais la veracidad de un escritor sagrado, y rehusais considerar como hechos reales todos los que son maravillosos y divinos! ¿En qué caen estos menos sobre los sentidos que los hechos naturales? y negar los primeros ó considerarlos como mitos ó alegorías, ¿no es acusar de idiotismo ó de fraude á toda la nacion judía? ¿no es también negar la existencia del pueblo judío, salido de estos hechos religiosos como el efecto de su causa? ¿no es destruir enteramente toda la certeza histórica? Puesto que creéis en la historia de Moisés, porque los judíos antiguos y modernos testifican su veracidad, os veis precisados á creer que Moisés ha obrado verdaderos milagros para probar su mision divina. Debeis pues creer también todos los hechos primitivos que Moisés nos refiere, puesto que ha apoyado su veracidad en milagros manifiestos é incontestables. No se podría pues, sin absurdo ó sin error, asemejar á los mitos los hechos divinos referidos en el antiguo Testamento. El Pentateuco no contiene pues mitos.]

Pentecostés. Festividad que se celebra el día cincuenta despues de Pascua, y esto es lo que significa el griego πέντηκοστής, *quin-cuagésimo*.

La Iglesia judía celebraba esta festividad en memoria de que, cincuenta días despues de la salida de Egipto, Dios dió su ley á los israelitas en el monte Sinai por medio de Moisés. Por la misma causa la celebran todavía los judíos; la llaman la *fiesta de las Semanas*, porque termina en la sétima semana despues de Pascua, y la *fiesta de las Primicias*, porque en ella se ofrecían las primicias

de la cosecha del trigo. Se presentaban á Dios dos panes fermentados de tres celemines de harina cada uno; esta ofrenda no se hacia por cada familia, sino en nombre de toda la nacion, así lo atestigua Josefo, *Antig.*, l. 3, c. 10. Le inmolaban también varias víctimas, como está prescrito, *Núm.*, xxxiii, 27. Puesto que esta fiesta fué instituida inmediatamente despues de la publicacion de la ley, *Exod.*, xxiii, 16; xxxiv, 22, ha sido, en todos los siglos siguientes, una confirmacion pública de este gran acontecimiento.

En la Iglesia cristiana la *Pentecostés* se celebra en memoria de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, que fué el día cincuenta despues de la resurreccion de Jesucristo; en este momento empezó la publicacion de la ley nueva ó la predicacion del Evangelio.

No podemos dudar que esta fiesta se haya verificado desde el tiempo de los apóstoles. El antiguo autor de una obra atribuida otras veces á S. Justino, nos dice que S. Ireneo hablaba ya de ella en su libro de *la Pascua, quæst. et respons. ad orthodox.*, q. 115. Tertuliano hace de ella mencion, *l. de Idolatria*, c. 15, y *l. de Bapt.*, c. 19; y Orígenes, *l. 8, contra Cels.*, n. 22. Y es imposible que á la vista de testigos oculares hayan osado instituir una fiesta en memoria de un suceso falso ó fabuloso, y que los primeros cristianos se hayan determinado así á celebrar un acontecimiento ruidoso y público, del que no tenían ninguna certeza, y aun cuya falsedad debia serles conocida.

El modo como las *Actas de los apóstoles* refieren la venida del Espíritu Santo, la predicacion de san Pedro, la conversion de ocho mil hombres por su palabra, la formacion de una Iglesia numerosa en Jerusalem, lleva consigo la conviccion. El prodigioso número de judíos que se reunian en esta ciudad para las festividades de la Pascua y Pentecostés, es un hecho atestiguado por la ley que á ellos les obligaba. *Exod.*, xxiii, 17, etc.; y por Josefo, *Antig. jud.*, l. 4, c. 8. Es imposible que ignorasen, en las varias comarcas del imperio romano, lo que habia pasado en Jerusalem el año de la muerte del Salvador. El autor de las *Actas de los apóstoles* no ha podido mentir sobre estos hechos, sin exponerse á hallar en todas partes testigos oculares dispuestos á contradecirle y refutarle; es necesario que su narracion sea verdadera, puesto que ha hallado creencia en todos los puntos donde se han formado iglesias cristianas. ¿Es posible engañar á naciones enteras sobre acontecimientos que han debido pasar

á la vista de doce ó quince mil hombres?

De modo que si es cierto que el día cincuenta despues de la muerte de Jesucristo los apóstoles publicaron en alta voz en Jerusalem su resurreccion, que al principio fueron creidos por ocho mil judíos, que bien pronto se aumentó este número hasta el punto de formar una Iglesia ó una grande sociedad que ha subsistido desde entonces, es imposible que los hechos publicados por los discípulos de Jesucristo no hayan sido comprobados en el mismo lugar de un modo indudable.

Los dos discípulos que fueron á Emmaus el día de la resurreccion del Salvador, manifestaron su extrañeza de que un extranjero que encontraron, y que era el mismo Jesus resucitado, parecia ignorar lo que habia sucedido en Jerusalem los días anteriores. *Lúc.*, xxiv, 28. Era necesario que estos acontecimientos hubieran sido muy públicos, y hubiesen hecho el mayor ruido; la predicacion de los apóstoles el día de *Pentecostés* excitó de nuevo la curiosidad, y refrescaba su memoria. V. JERUSALEN.

Puesto que por otro lado se conviene en que los apóstoles, cuando siguieron á Jesucristo, eran hombres ignorantes, débiles, tímidos, dispuestos á huir al menor peligro, es necesario que se hallasen milagrosamente transformados, y que el Espíritu Santo bajase sobre ellos, como se lo habia prometido Jesucristo. Así la festividad de *Pentecostés* es un monumento perpetuo de la divinidad de nuestra religion.

Penthesis. V. PURIFICACION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Pepusianos. V. MONTANISTAS.

Perdon. La razon ha persuadido á todos los hombres que Dios es misericordioso é inclinado á la clemencia; que cuando hemos tenido la desgracia de ofenderle, es decir, de infringir su ley, podemos alcanzar de él el *perdon* por la penitencia. Sin esta saludable creencia, un pecador no tendria mas partido que tomar que una sombría desesperacion; nada le costarian veinte crímenes mas, luego que pudiese escapar de la venganza de los hombres.

La revelacion ha confirmado plenamente esta persuasion general del género humano: Dios, desde el principio del mundo, hizo un acto de misericordia con el primer pecador; no castigó mas que con una pena temporal el pecado de Adán que merecia una pena eterna, y se dignó añadir la promesa de un Redentor. Remitió también al fratricida Cain una parte de la pena que merecia, y le ase-

guró contra el temor de que estaba sobreco-gido, de ser muerto por un vengador. Aun cuando Dios amenaza á los israelitas de castigar sus crímenes hasta la tercera y cuarta generacion, promete también hacer misericordia hasta la milésima, es decir, sin límites y sin medida. *Exod.*, xx, 6. El Salmista nos dice que Dios se compadece de nosotros como un padre de sus hijos, porque conoce la tierra frágil de que nos ha formado. *Ps.*, cii, 13.

Esta doctrina es la base del cristianismo, puesto que en esto está fundada la fe de la redencion. Jesucristo no se contenta con decir: « Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial; bienaventurados los misericordiosos, porque recibirán misericordia, » sino que añade: « Los que no perdonan á sus hermanos, no deben esperar para sí mismos ningun *perdon*, » y nos ha enseñado á decir todos los días á Dios: *Padre nuestro...*, *perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* » Cuando le preguntó S. Pedro: « ¿ Señor, cuántas veces debo perdonar á mi hermano que me ha ofendido? ¿son bastante siete? » Respondió el Salvador: « No te digo que hasta siete, sino hasta setenta veces siete veces. » Por consiguiente sin límites y sin medida. *Mat.* xviii, 21. El mismo dió el ejemplo de esto, puesto que no ha negado el *perdon* á ningun pecador; la última súplica que hizo á su Padre en la cruz, fué para pedir *perdon* por los que le habian crucificado.

Nos indignamos con razon cuando oímos á los incrédulos vituperar la facilidad con que se concede en todas las religiones, y particularmente en el cristianismo, el *perdon* á todos los pecadores, sobre todo en el artículo de la muerte. Sin duda que sus censores sin piedad se creen ellos mismos impecables; ¿dónde irian á parar si no tuviesen ningun motivo para esperar que Dios les perdonaria sus blasfemias, y si no nos enseñase nuestra religion que debemos perdonar á los insensatos lo mismo que á los hombres racionales? Entre seres tan débiles y viciosos como son los hombres en general, la sociedad no puede ser mas que un comercio continuo de culpas y de *perdones*, y lo mismo sucede de la sociedad religiosa entre Dios y el hombre. V. EXPIACION, MISERICORDIA DE DIOS.

PERDON. Entre los judíos, es la fiesta de las *Expiaciones*, de que hemos hablado en otro lugar: todavía la celebran. Observa Leon de Módena que antiguamente, la vispera de esta fiesta, los judíos hacían una ceremonia ridiculísima; daban tres veces á un gallo en la cabeza, y decían en cada una, *que sea inmo-*